

riño que se tienen, por lo humildes y lo respetuosos...

JUSTO.—Por nada. Demasiado cedí ya.

SALOMÉ.—Es cierto. Pero también lo es que el digno y el bueno no consigue cosa alguna allí donde todo lo alcanza el audaz y el despreocupado.

JUSTO.—Por las circunstancias solamente.

SALOMÉ.—Por las circunstancias no, por su propia fuerza, por la fuerza del mal, que está muy mal, ¡pero que tiene muchísima fuerza en este mundo! ¿No quiere usted ser compasivo?...

JUSTO.—Déjeme usted que arregle yo mis asuntos.

SALOMÉ.—Bien. Buenas tardes...

JUSTO.—Buenas tardes...

SALOMÉ.—Pero al complacerse usted tanto en la severidad con quien se humilla, le da usted mucha razón a quien se rebela. ¡Ramoncho, y los Ramonchos que haya por el mundo, tienen razón contra usted y contra los que haya como usted!...

JUSTO.—¡Señoral

SALOMÉ.—Dispense. Buenas tardes, don Justo.

(Mutis por el foro.)

JUSTO.—Buenas tardes, doña Salomé.

TELON

## ACTO TERCERO

### ESCENA PRIMERA

Sale SANTOS de puntillas por la derecha, atraviesa, y mutis por la izquierda, volviendo con MARCELINA.

MARC.—¿Están ahí?

SANTOS.—Sí, señora. En el despacho están Justo y Salomé.

MARC.—Pues yo juraría que la sentí marchar por el pasillo...

SANTOS.—Sí, señora. Pero Justo salió tras de ella, haciéndola volver, y ahora están ahí encerrados.

MARC.—¿Y qué?

SANTOS.—Cualquiera sabe el *y qué* de dos personas encerradas, doña Marcelina.

MARC.—Aguardaremos...

SANTOS.—Es lo mejor.

(Se sientan. Pausa.)

MARC.—Dura mucho esa conversación...

SANTOS.—Es muy importante y habrá minucias que resolver...

MARC.—Estoy por acercarme...

SANTOS.—No, no; estése quieta. ¿No le ha prometido Salomé que vendría inmediatamente?

MARC.—En cuanto concluya.

SANTOS.—Pues entonces no hay más que aguardar. Será cuestión de minutos...

MARC.—¿No se pelearán?

SANTOS.—¿Qué quiere usted que yo le diga? Perro y gato comiendo por primera vez en el mismo plato, por lo menos han de gruñir y de roncar un poco, doña Marcelina.

MARC.—Con tal que no pasen de eso...

SANTOS.—No tenga usted cuidado.

MARC.—¿Y los dejará casar pronto?

SANTOS.—Seguramente.

MARC.—¿Le oyó usted decir algo de fecha?...

SANTOS.—No...

MARC.—Y entonces, ¿por qué se figura usted que han de casarse pronto?

SANTOS.—Porque siempre es pronto para eso.

MARC.—¡Don Santos!

SANTOS.—Crea usted, Marcelina, que es un verdadero cargo de conciencia el contribuir a que los demás se revienten. Y yo tengo muy

mala mano de casamentero. No influí más que en la boda de un sobrino mío con una muchacha muy linda y muy buena...: diez años llevan de casados y los pobres aún se quieren. ¡Se les ha hecho crónico el amor!

MARC.—¡Pero eso está muy bien!

SANTOS.—No, no; es un mal ejemplo, como el presentarnos a un señor a quien le tocó la lotería... y las excepciones fomentan el odio de la masa general.

MARC.—Pues si Candelas no es dichosa, poco tendrá a quien echar la culpa.

SANTOS.—Buen consuelo... ¡Pero será feliz, lo será; cuando yo le digo a usted que tengo muy mala mano!...

MARC.—(*Haciéndole callar.*) — Escuche, esche...

SANTOS.—(*Después de escuchar, gozoso.*)—¡Se pelean! ¡Magnífico! ¡Le estará diciendo alguna de las que me dice a mí!... ¡Magnífico, magnífico!

MARC.—Tengo miedo a que complique las cosas. Mi marido es muy áspero...

SANTOS.—Usted sabrá...

MARC.—¡De genio, hombre! ¿No lo sabe usted también?

SANTOS.—Sí, señora; sí, señora. Pero mi gozo no lo es por lo que él le diga, sino por lo que ella le conteste.

MARC.—¡Ay, Dios mío! ¿Si lo echarán todo a rodar?

SANTOS.—Todo sería mucho; pero algún charrito sí me gustaría que rodara.

MARC.—Calle, don Santos, calle, que se están resolviendo asuntos de transcendencia enorme para nosotros.

SANTOS.—¿Quién lo duda? Y que yo lo deseo con el mismo afán que ustedes... ¿quién lo duda? ¡Pero es que serían dos felicidades, que se resolviera bien y que me escacharraran un poco a don Justo, que lleva treinta años de tiranía!

MARC.—(Indignada.)—¿Usted se imagina que doña Salomé es capaz de pegarle?...

SANTOS.—Evidentemente que no, evidentemente... aunque yo la conceptúo una mujer de mucho mérito.

MARC.—¡Calle! ¡No disparte más! (Pausa.) ¿Los oyes?

SANTOS.—No, señora...

MARC.—(Se levanta de pronto; Santos se levanta también, asustado.)—Me parece que viene Salomé.

SANTOS.—(Ahogándose.)—Bu... bu... bueno.

MARC.—¿Qué le pasa?

SANTOS.—Un susto de la serie B... Nada. (Pausa.) Ahí está...

## ESCENA II

DICHOS: SALOMÉ por la derecha.

MARC.—(Yendo a ella.)—¿Qué hay?

SALOMÉ.—Completamente arreglado lo de Candelitas y Ramoncho.

MARC.—Dios se lo pague...

SALOMÉ.—Poco hice y a más estaba obligada.

SANTOS.—¿Puso muchas dificultades?

SALOMÉ.—Ninguna. El mismo empezó la entrevista participándome su consentimiento.

MARC.—Se conoce que Dios ha querido abrir el corazón de Justo a la bondad.

SALOMÉ.—Indudablemente.

SANTOS.—Indudablemente. Lo que yo no sé es por qué le habrá gustado abrirlo con gan-zúa.

SALOMÉ.—¡Santos!

MARC.—¡Santos!

SANTOS.—(Disculpándose)—No he dicho nada, no he dicho nada.

SALOMÉ.—Mejor habría sido.

SANTOS.—Hablen ustedes lo que quieran, que ya no despego mis labios; seré un mueble más en la habitación.

SALOMÉ.—Bueno, pues a una esquina. (*Santos se aleja.—A Marcelina.*) Lo esencial ya está conseguido; el resto quizás fuera conveniente llevarlo con dulzura.

MARC.—¡Ya lo creo!

SALOMÉ.—No pretendamos que vuelva a existir, de momento, la misma cordialidad que había antes; pero se puede intentar una reconciliación aparente, siquiera entre padre e hija, y a la vista de los extraños.

MARC.—Que le pida perdón.

SALOMÉ.—Eso es. Y yo lograré de Ramoncho que se ausente hasta el día de la boda para que a nadie sorprenda el no verlo por aquí. Luego, ya está convenido que se marchen.

MARC.—Muy bien, muy bien.

SALOMÉ.—Propóngaselo usted a Candelas, y si ella se conforma yo respondo por Ramoncho.

MARC.—Ahora mismo.

(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA III

SALOMÉ y SANTOS

SALOMÉ.—¿Se ha quedado usted dormido, hombre?

SANTOS.—No, señora; es que disimulaba.

SALOMÉ.—Pues espábilese.

SANTOS.—(*Levantándose.*)—Ya voy. (*Se levanta ligero y hace una gran reverencia.*)—A su disposición.

SALOMÉ.—Y estese quieto, que a mí no me gustan las gentes movidas ni los automóviles parados.

SANTOS.—Bueno, señora, estaré como a usted se le antoje.

SALOMÉ.—Gracias.

SANTOS.—Pero debía usted publicar un Ba-deker para guía de sus amistades.

SALOMÉ.—No hace falta. Y atienda. Las cosas parece que van marchando plácidamente; ahora es indispensable que todos pongamos nuestra buena voluntad para que continúen sin violencias y sin humillaciones. Usted sabe que yo, cuando se trata de decir verdades, no me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"MATEO REYES"  
SANTO DOMINGO, MEXICO

quedo corta, pero tampoco me satisface el decir las cuando no vienen a cuento.

SANTOS.—Las que me dijo usted a mí, ¿venían a cuento?

SANTOS.—Sí, señor.

SANTOS.—Era la única duda que tenía.

SALOMÉ.—Atienda. Y ya que vamos por las buenas, por las buenas seguiremos, pasando por alto ciertos detalles de amor propio, que sacrifico muy gustosa por la felicidad de Ramoncho y que por mí no los toleraría, pues cada uno debe estar en su puesto en la vida y usted no ignora que yo desciendo de los Entresrrios, de Aragón.

SANTOS.—Los rios de Aragón, ya lo creo, conocidísimos.

SALOMÉ.—Y por parte de mi abuelo paterno, de los Villeneuve, de Orleans, mi familia es de las Cruzadas.

SANTOS.—Y la mía también, de las más cruzadas.

SALOMÉ.—Sí, pero de otra manera. Yo hablo de los que fueron a la Conquista de Jerusalem.

SANTOS.—Pues si no habla usted más que de eso, están ras con ras los de usted y los míos, porque si los míos no fueron, los de usted fue-

ron y no conquistaron. ¡Estamos a juego con las familias, doña Salomé! Y en cuanto a la cuestión de estirpe, mucho envidié siempre al que nace en buenos pañales, aunque después me fui persuadiendo un poco de que para toda la vida mejor que una buena cuna es una buena cama.

SALOMÉ.—Eso sí; en la cuna no cabría usted hoy.

SANTOS.—También yo hablo alguna vez en sentido figurado, señora.

SALOMÉ.—Está muy bien, y si usted quiere darme a entender que ni las villanías ni las acciones generosas son patrimonio exclusivo de una raza o de un apellido, acepto la lección.

SANTOS.—(*Disculpándose.*)—Lección, no.

SALOMÉ.—Pero algo tendrá el agua cuando la bendicen, don Santos.

SANTOS.—Microbios, doña Salomé.

SALOMÉ.—¡Lástima que no cogiera usted un par de docenas cada diez minutos!

SANTOS.—Se agradece le intención. ¿Pero de veras me quiere usted mal? Porque yo la quiero a usted muy bien, Salomé.

(*Insinuante.*)

SALOMÉ.—(*Retrocediendo.*)—¡Santos!

SANTOS.—¿Ha pisado usted algo?

SALOMÉ.—No, pero lo voy a pisar.

SANTOS.—Pues fijese usted un poco para no hacer daño... Y la verdad, no comprendo en qué puede molestarle a usted una palabra afectuosa.

SALOMÉ.—En nada.

SANTOS.—¿Por ser mía?

SALOMÉ.—No, no.

SANTOS.—¿Y entonces?

SALOMÉ.—Es que ya estoy muy enterada de que las conversaciones difíciles hay que atajarlas desde el principio, si no quiere uno verse llevado más lejos de lo prudente. ¿Usted no trata a Paquito Olano?

SANTOS.—¿El primo de Ramoncho? Sí.

SALOMÉ.—Pues ese se casó en Enero.

SANTOS.—¿Y qué? Eso no es empezar mal una conversación; si acaso, será empezar mal el año.

SALOMÉ.—Escuche. Hace dos inviernos, una noche de Enero, en el baile de los Monteróos, estaba Paquito Olano en un cierre de cristales charlando con una señorita. En la casa de enfrente, una casita de un solo piso, andaba por el tejado un gato pardo...

SANTOS.—De noche ya sabe usted que todos los gatos son...

SALOMÉ.—No comente. Y a la señorita se le ocurrió preguntar por qué maullaba.

SANTOS. ¿El gato?

SALOMÉ.—Claro. No iba a maullar Paquito.

SANTOS.—No sé, no sé; estos jóvenes de hoy son tan extraordinarios...

SALOMÉ.—Y en lugar de responderle que por un dolor de muelas, y cortar la conversación, se metió en el laberinto de las explicaciones... y explicando, explicando, se casaron.

SANTOS.—Eso aquí no sería peligro, porque precisamente nuestros genios están hechos para entenderse. Usted se incomoda por todo y yo no me incomodo por nada, y ni siquiera yo me incomodaría porque usted se incomodase... ¡A ver en qué casa luciría usted más que en la mía!

SALOMÉ.—Es demasiada calma la suya; acabaría usted por consumirme.

SANTOS.—No aspiro a tanto...

SALOMÉ.—Desgraciadamente, conozco mucho esa clase de caracteres indecisos, porque yo tuve un marido así, muy bueno y muy honrado, pero sin fijeza ninguna, y que era siempre de la opinión del último que le hablaba. Un tempera-

mento de esos, excesivamente sugestionable, que se dejaba llevar de todo, y un día se lo llevó una fiebre.

SANTOS.—En efecto, esa me parece una condescendencia exajerada y que seguramente le habrá pesado, sobre todo si reflexionó a última hora que usted se quedaba viuda y guapa.

SALOMÉ.—¡Santos!

SANTOS.—Son hechos innegables, señora. Como hay otro hecho innegable y desconsolador para todo marido enfermo, y es lo bien que les sienta el luto a las viudas...

SALOMÉ.—¡No siga usted!... Yo respetaré hasta la muerte la memoria del pobre Carlos. ¿Le recuerda usted?...

SANTOS.—Vagamente... y no tengo gran interés en precisar más. Pero ya pasados los años de legítimo desconsuelo, una mujer no va bien sola...

SALOMÉ.—Pues las critican más cuando van acompañadas...

SANTOS.—Envidias.—(*Ofreciendo algo el brazo*).—Y un brazo leal no sobra jamás.

SALOMÉ.—(*Rechazándole cortésmente.*)—No, no; yo respetaré su memoria hasta la muerte.

#### ESCENA IV

DICHOS: ASUNCION, por la izquierda

ASUN.—Mamá, que le diga a usted que Candelas está completamente de acuerdo con lo que ustedes dispongan.

SALOMÉ.—Muy bien. Dile a tu madre que yo voy a hablar con Ramoncho inmediatamente.

(*Mutis Asunción por la izquierda.*)

SANTOS.—(*Ofreciendo el brazo*).—Salomé...

SALOMÉ.—¡No, Santos, no; hasta la muerte!

SANTOS.—(*Insistiendo*).—Hasta la puerta, Salomé...

SALOMÉ.—(*Aceptándolo*).—Eso sí. Vamos.

(*Mutis ambos por el foro.*)

#### ESCENA V

JUSTO, por la derecha, luego SANTOS, por el foro.

(*Justo entra, se sienta y vuelve a levantarse preocupado.*)

SANTOS.—Confirmada la gran noticia, ¿eh?

JUSTO.—Ya te lo dije.

SANTOS.—Pero ahora es oficial y solemne.

¡Bien, Justo, bien! Con una palabra has devuelto a todos la paz y la alegría.

JUSTO.—A todos, no; no estoy alegre ni satisfecho.

SANTOS.—No importa.—*(Rectificándose)*.—Quiero decir que tú ya lo estarás luego, porque eres hombre pausado, y yendo en el tren, de una cosa que te haga gracia en la estación de Madrid no te sonríes hasta la de El Escorial, por lo menos. Ese era el sentido en que yo decía...

JUSTO.—*(Interrumpiéndole)*.—Lo que dijeras no importa.

SANTOS.—Eso es, que no importaba que...

JUSTO.—¡Calla! De hoy en un mes se casará Candelas...

SANTOS.—*(Abrazándolo)*.—¡Bien, muy bien! Todo lo que tú haces está muy bien, Justo.

JUSTO.—De hoy un mes, sí...

SANTOS.—¡Admirable! Voy a mandar ya que compren unas flores a la ahijada, para ser el primero en ofrecérselas.—*(Entusiasmado)*.—¡Las florecitas simbólicas de la reconciliación y de la felicidad!

JUSTO.—Cómpralas. Y si puedes, cuando las traigan, con ellas ocúltala a ella y a su pecado.

SANTOS.—¡No hables así, hombre!

## ESCENA VI

Dichos: ASUNCION, por la izquierda

JUSTO.—¿Es que miento?

SANTOS.—¡No! Tienes razón en tu conducta y das muestra de una gran bondad cediendo, pero tú haces los favores con tal gesto de vinagre y con tantas palabras de mortificación que a cada favor que haces da gana de largarte en cambio un puñetazo.

JUSTO.—Puesto en mi caso ya veríamos con qué regocijo ibas recogiendo tú las decepciones y las ingratitudes...

SANTOS.—No, no, si en el fondo tienes razón, y todo lo que tú haces está muy bien. Eso es indiscutible.

ASUN.—*(Que fué avanzando tímida e irresoluta)*.—Papá...

JUSTO.—¿Qué quieres?

ASUN.—*(Pausa)*.—¿No tienes tú nada que decirme?...

JUSTO.—Nada.

ASUN.—*(Pausa)*.—¿No te habló de mí doña Salomé?